

SILENCIO- Cada contenido pide su forma,
ESCUCHA- o, de lograrse plenamente, el
POESÍA contenido es la forma, es su
 llegar a sí, su comenzar a darse,
 a ser expresión. Hablar del silencio, por
 ejemplo, pide silencio; la escucha pide
 escucha y la poesía poesía... Por esto renuncié a la línea recta, esa
 que Nietzsche dice que siempre miente; renuncié a la ilusión de lo
 terminado en su estar ya concluido, encerrado, conceptualizado. La
 del verbo por sobre el sustantivo, el sentido por sobre el significado.

En su lugar elegí el pensar poético, el que no teme ni a lo fragmentario ni a lo inconcluso, sabe que lo fragmentario tiene otra secreta unidad, la que no renuncia a la pluralidad, la del archipiélago, la de lo sinfónico... La que, en definitiva, es fe en el lector, fe en que la lectura también es creación, cuando es escucha, cuando se deja engendrar, cuando sabe que toda escritura es anunciación y no definición, busca encarnadura y no sólo comprensión.

Tomé dos temas, *silencio y escucha*, ya que del silencio sólo sabemos que habla, sólo sabemos si escuchamos, si lo dejamos llegar a nuestra voz, y si esa voz es la de un creador, la de un escucha, su concreción, su llegar a sí, en el género que he elegido, se plasma *poesía*.

I. SILENCIO

El que mira la lejanía ve mucho más que lo que mira, más lejano que lo que ve. La poesía, si se cumple, dice lo que dice y el silencio desde el que se dice, la lejanía con la que nos llega.

El silencio es la medida y el juicio sobre las palabras, su verdad, pero no una verdad callada: un silencio escuchado.

La poesía es el encuentro entre dos silencios, entre ella y la escucha; ni el uno y ni el otro preceden a ese encuentro, acontecen allí, allí donde el acontecimiento habla, en el poema, donde la escucha dice.

El silencio es la medida de las palabras, su originaria desmesura: su decir lo que callan.

En la palabra se trasciende el silencio, en el silencio se trasciende la palabra, trascendiéndose se habitan, habitándose se contienen.

El silencio es la alteridad de la palabra en la palabra, se es así rebasándose de sí, no diciéndose: dándose a escuchar.

El saber del silencio no es un saber, es un habitar, después, a veces, un hablar, un decir el habitar, un habitar las palabras.

El silencio que alberga la palabra poética no es lo incomprendible de sí, es su impronunciable singularidad: es lo irrepetible de sí.

Un poema debe llamar, después callarse: abismarnos, no en su lectura (en las palabras aún nos reflejamos) en su silencio, allí donde nos desnudamos.

El silencio, el poético, está siempre al final, allí, donde el inicial se escucha. Es que donde termina el lenguaje no comienza lo indecible, comienza la revelación; es hasta esa orilla hasta donde hay que llegar a callar, allí, desde donde se comienza a hablar.

Las palabras son soplos, de boca en boca revelan un mundo; el silencio es un aliento, de oído a oído, custodia un misterio.

II. LA ESCUCHA

Lo primero fue el abrirse de la noche, lo dado a luz en ella, lo primero, lo primordial, fue la abertura —esa huella del no haber sido, ese posible volver a no ser. Lo primero, lo más propio, es la apertura, esa acogida

de lo que no somos, esa escucha de lo que llegaremos a nombrar.

No llegamos a la vida trayendo con nosotros un lenguaje, nacimos oyentes, después, y gracias a ello, fuimos hablantes. Hablamos porque nos hablaron: nos enseñaron las palabras, nos regalaron el lenguaje.

Desde entonces, cada entonces, hablar es devolver la palabra: responder.

Desde entonces, para siempre, el escuchar es la extrema cercanía del hombre a su origen, a su más íntima y extrema lejanía: a la que está llamado a darle voz.

Se empieza a escuchar cuando se presta oídos, se los dilata en lo que los dilata; como en un bosque, cuando uno cierra los ojos para dejar que lo que es venga, nos llegue: se anuncie.

La escucha, ese oír del desierto, ese roce de vientos, ese silencio del alma en la piel.

La historia del silencio son las palabras, la escucha de ese silencio es la poesía.

En el silencio la poesía se desnuda, en la desnudez el poema se encarna.

El silencio no se dice en las palabras de quien lo dice: se da a escuchar en la voz de quien lo escucha.

Ya no digo silencio, digo escuchar. Me digo de carne.

Decir silencio no es decir lo humano, lo humano es encarnar el silencio: sabernos escucha, escucha y espera: es sabernos llamado por lo que se escucha en tanto no nos oigamos escuchando.

La escucha, llamémosla la escucha poética, su comprensión, no es una aprehensión: es una entrega; es la renuncia al deseo de poder ínsito en el saber, renuncia al saber como posesión, de borrar la alteridad.

La escucha poética, lo recibido, no aboca a un discurso sobre lo comprendido, no es siquiera un acto del pensar: es la sensibilidad, la vulnerabilidad pasible de acoger, de dejar venir, de amparar lo otro como otro; es el dejarse alterar por la alteridad, transfigurar por el sentido, iluminar por la belleza o herirse por lo sublime.

No se trata de una mera pasividad, se trata de ser pasible, capaz de acoger la alteridad como

alteridad: como fecundidad, revelación que revela lo que crea.

Decir escucha es también decir espera, ese recogimiento de sí sobre lo que aún no llega, ese recogimiento sobre lo que no es.

El habitar poético es esa espera, espera de una ausencia que tiene que ser custodiada como ausencia: una espera sin memoria, una espera sin esperanza.

En la anchura que la escucha dilata el temblor de la realidad resuena, su fondo rumoroso vibra: entona, da decires.

Escuchar es no oírnos escuchando, es más un exhalar que un inhalar, más un entregar que un recoger.

Escuchamos cuando no esperamos oír, cuando no confinamos la escucha, escuchamos cuando también el oír calla.

(Querer oír, es aún querer decirse.)

Algo siempre habla, algo que llama a ser escuchado.

O nada habla, y, en esa nada, pide ser escuchado.

Cuando osamos escuchar nada, es cuando sabemos que algo siempre habla.

Callarse no es dejar de decir, es dejar decir: dejarse llamar a la escucha.

En el callar se abre la escucha, en lo abierto escuchamos lo que nos llamó a callar.

Escuchar es ignorar si lo escuchado precedió a la escucha, o si nace allí, en el contacto entre el silencio y quien lo escucha, como en un bosque donde no se sabe si se escucha al viento o a las hojas que el viento mueve, a la música o a la danza. (O si el uno y el otro son además el otro en ese decir que los aúna.)

Escuchar es pertenecer a lo que al decirlo se oye, a lo que al decirlo nos nombra.

Oír, en cambio, es siempre oírse; es saber y, saber, es siempre eco, repetición.

La poesía es el saber del no saberse: el poeta escucha sin oírse: trascendiéndose.

Cuando escucho sin oírme escucho el ser que en mí calla, el callar que en mí respiro.

Hay que oír sin abandonar la escucha, para que no sólo lo que se oyó se oiga, para que también lo que no se oye se diga. O más aún:



escuchar hasta que nada se oiga, recién allí decir, decir lo escuchado, exhalar lo inspirado.

Escuchar no es oír las palabras sino la voz, la que se sustrae al decir las: el aliento atrás, la cisura de cada palabra.

Las palabras, cada vez, son las de todos, la voz, toda vez, es la única vez.

Se oye con lo que el oído tiene de carne, se escucha con lo que esa carne tiene de hueco, abre de abismo.

Se oye lo que se dijo, lo que suena, se escucha lo otro, lo no dicho en lo que se dijo: lo que en lo dicho otra vez vuelve a llamar.

La hondura de un poema, lo que la *poiesis* trae abriendo, no radica en aquello de lo que sus versos hablen, ni siquiera en cómo hablen, radica en la dimensión de la escucha desde la que llegan sus palabras, de su permanencia o no en ella, en ella y su ausencia.

La escucha, la poética, no busca llegar a oír, busca callarse en el nacerse de todo posible decir.

Allí reina el aguardo sin prisa, el pudor de lo lento, la demora... el tiempo de lo que crece sin nombrar la cosecha.

El escuchar no oye: el oír ya es posesión, retención, mismidad.

Reflejo y eco del decirse en lo dicho, prolongación, no nacimiento.

Escuchar es no oírnos mientras escuchamos, es ir, sin volver, escribir, sin saber.

El poeta debe decir, pero haciendo escuchar lo que no dijo él: lo que lo hace poeta a él.

Todo decir, para cumplirse, tiene que darse no sólo a oír, también tiene que abrir la escucha.

En lo oído se oyen las palabras, en la escucha el temblor de la voz, en el roce del silencio, en el aliento de quien las dice.

El silencio de un poema no es sólo del poema, es a la vez del lector: es donde él se escucha.

Al alma hay que crearla, inhalar lo que inspira, imaginarla: darle voz. Encarnarla es la obra humana, la humana fidelidad a sí, lo poético es escucharla, hacer de su soplo un verbo, de ese verbo otro inicio, otra única creación.

III. LA POESÍA

La perpleja lucidez de la poesía es tal que nada queda definido, nada cristalizado, ningún posible exorcizado.

Su saber no es apologético: no demuestra, muestra; tampoco define ni confina, abre; no es la abstracta luz de la razón, es el claroscuro de la intuición, es la reverencia y es el asombro.

Es rigor y presagio, dice lo que se dice en su duda, en lo que toda afirmación conserva de pregunta, toda pregunta palpita de esperanza.

Dice el estar y su exilio, la dubitativa cercanía, la presencia y la ausencia sentida de lo que nunca estuvo.

Huella y recelo de que el viento la borre: aliento retenido y los ojos cerrados.

Es el tremor de lo ambiguo e inacabado, la inabarcable conjetura, el rumor del desconcierto: la conmoción de lo que por viviente late.

La poesía no da a conocer las cosas, ni a la montaña ni a la lluvia que sobre ella cae, da a escuchar al silencio de las cosas cuando las cosas están en ellas mismas.

La poesía no está nunca en el poema; no lo está porque no es: llega. Ese llegar es su pasar, su entrega, su sentido.

En la poesía nos abrimos a la luz, no a lo que ella ilumina, a la belleza, no a su resplandor, a la expresión, no lo expresado.

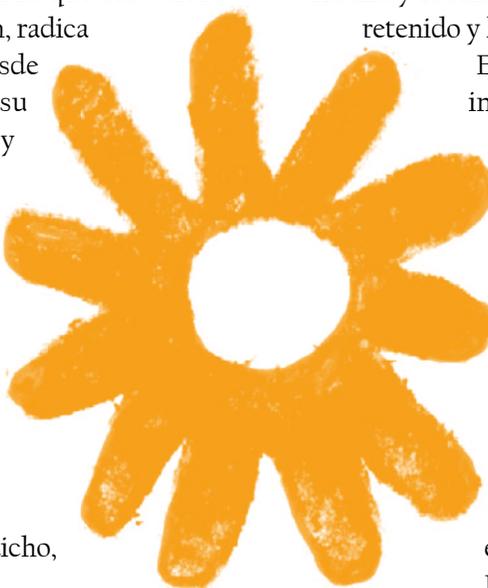
En ella lo desconocido es presencia, no conocimiento, es lo que es en sí, no para mí, lo que se manifiesta, no lo que se me muestra, lo que veo, no en lo que me miro.

(En su extrañeza reconozco lo extranjero que me soy, en lo incomprensible lo inenarrable de mí.)

La poesía es precipicio de la belleza, la belleza y el desgarrar, ella y lo sublime, el horror y la rosa.

La poesía es la palabra desnuda de sí misma, su desnudez y el latido que la desnudez revela.

Que la poesía no se agote en el poema, que el poema sea su propia ausencia, no es ni carencia ni privación, es su abismo preservado, es lo que cada poema custodia.



LA POESÍA ES REVELACIÓN DE LO QUE EN ELLA NACE, DE LO QUE EN SUS PALABRAS COMIENZA A LATIR; DEVELAMIENTO DE UN SENTIDO CUANDO ES INAUGURAL, CUANDO ACONTECE Y SE ENTREGA CREACIÓN.

La poesía inicia, inaugura espacios, los abre, no los ocupa, los entrega: esa entrega es el poema.

El poema es poesía entregándose, ese entregarse es su acontecer: el acontecimiento que es un poema; el poema es su don, la huella de su irreductibilidad: la promesa cumplida permaneciendo promesa.

La poesía es el deseo de las palabras, el llamado de lo imposible.

En ese imposible que llama se abre la posibilidad que responde: el poema.

En la poesía, la originalidad es tan fortuita como el tema, ambas son obra del poeta, no así la poesía.

Lo real, no la realidad, es la palabra fuera del lenguaje, la irrepetible.

Lo real es la palabra que sólo se escucha, la indecible: siempre alteridad, cada vez poesía, poesía inicial.

La poesía es revelación de su ser: de su ser revelación, no de lo que se ignoraba, de lo que nunca hubo antes de ese decir.

La poesía es revelación de lo que en ella nace, de lo que en sus palabras comienza a latir; develamiento de un sentido cuando es inaugural, cuando acontece y se entrega creación.

Sustrayéndose se dice la poesía, se anuncia en la huella de su irse: en la sed que dejan en la boca las palabras.

La obra no se agota en sí, ese es su revelarse: su insondable sustracción, su atraernos.

Cada obra es ella y su exceso: su ser y su expresar, su ser insondable: su misterio de ser.

Es allí, en lo inabarcable de la poesía, en lo inefable de lo comprendido, donde somos abarcados por lo inabarcable que nos trasciende, lo abierto que nos ahonda que es el misterio que nos revela: que nos custodia y resguarda como misterio.

La poesía acontece en ese allí que el acontecer de sí abre, en esa hendidura en que el poema se completa a sí trascendiéndose a sí; ese abrirse es el acontecer de la obra misma: ser su forma y su desgarrar, su ser en sí sin ser para sí.

A la poesía, como la vida toda, no se la retiene, se la recibe: se trata de saber partir.

En cada poema comienza la poesía, la poesía que se sustrae para preservar lo que es: su ser cada vez inicio.

En la poesía el lenguaje llega, no está, o está pero dándose: diciéndonos.

La poesía es el exceso del soplo en la palabra y de la palabra en el lenguaje.

Irreductibilidad del decir a lo decible: imposible que hace del poeta una apertura, de lo abierto su abismo, de su abismo su entrega.

La poesía no refleja lo que ya es, la poesía nos habla de lo que no era, nos abre a lo que en ella llega a ser: al ser que a ella llega.

La poesía es soplo, soplo en la palabra, aliento en la vida; exhalada dice aire en el aire, rastro evasivo, promesa y figura: origen y destino

